



MÁS EXIGENCIA, NO MÁS FLEXIBILIDAD

El Gobierno sorprendió la semana pasada a toda la comunidad educativa y a los responsables autonómicos con el anuncio de una reforma del Bachillerato que no estaba prevista en el desarrollo de la Ley Orgánica de la Educación (LOE) ni figuraba en el programa electoral del PSOE. Hasta ahora, los alumnos con más de dos suspensos tenían que repetir curso. El decreto establece, en cambio, que los alumnos de primero de bachillerato que suspendan más de dos y menos de la mitad de las asignaturas no tendrán que repetir el curso completo, sino que se matricularán únicamente de las materias suspendidas y podrán cursar asimismo algunas asignaturas de segundo.

El decreto crea una especie de curso puente entre los dos años de Bachillerato y está pensado para facilitar la permanencia en el sistema de los alumnos en la educación posobligatoria. Ante las protestas de las comunidades gobernadas por el PP y las asociaciones de padres, la ministra ha justificado la reforma como «un incentivo» para los alumnos que, en su opinión, abordarán primero de Bachillerato con «mayor responsabilidad». Interrogado por Mariano Rajoy en la sesión de control, el presidente del Gobierno aseguró ayer que la educación necesita reformas porque los datos no son positivos, ya que sólo el 66%

de los jóvenes va más allá de la enseñanza obligatoria en nuestro país, cuando la media de la OCDE está en el 81%.

Efectivamente, si algo está necesitado de una reforma radical en España es el sistema educativo, tras el fracaso de la Logse. El último informe Pisa indicaba que los alumnos españoles de Secundaria no alcanzan la media de la OCDE en habilidad lectora, matemáticas y ciencias. Lo que sucede es que el decreto del Gobierno va, justamente, en la dirección contraria a lo que necesita nuestro sistema educativo. La reforma es un error. Y no porque en la práctica vaya a suponer un cambio radical en la forma de cursar el Bachillerato, sino por la filosofía que la inspira. Padres, profesores y pedagogos están cansados de repetir que el principal problema del sistema educativo español es que ha desaparecido la cultura del esfuerzo, de la excelencia y de la responsabilidad. Lo que los alumnos españoles necesitan no es más flexibilidad, sino más exigencia.

Cuando todo el mundo coincide en señalar que una de las razones principales de la baja calidad de nuestra educación fue el relajo de los alumnos al saber que podían pasar de curso con varios suspensos, parece mentira que el PSOE vaya a tropezar dos veces en la misma piedra.